

A partir tras Orlando se dispone,
 No sin grande esperanza
 De hacerle, si le alcanza,
 Que mas tiempo al furor no se abandone.
 Mirando, empero, la lucida hueste
 A su bandera unida,
 Ya por acaso, ó voluntad celeste,
 Alejarse no quiere
 Sin asaltar al musulman, y abiertas
 Ver de Paris las erizadas puertas.
 Por la prudencia luego aconsejado,
 El asalto difiere

Hasta que al orbe oscura noche envuelva,
 Y haya en el sueño á todos sepultado.

Sus gentes, pues, aloja en una selva,
 Y con ellas aguarda todo el dia,
 Hasta que el sol en su luciente coche
 De su antigua nodriza al seno vuelva.
 Y apenas en el manto de la noche
 Dibujada en estrellas ve la cabra,
 Los osos, las serpientes sin veneno,
 Y las demas inofensivas fieras
 Que del espacio pueblan las esferas,
 Reinaldo da, sin proferir palabra,
 La señal de embestir al sarraceno.

En silencio, seguido de Aquilante,
 De Alardo, de Grifon, de Sansoneto,
 De Guidon y los otros, una milla
 Avanza; de Agramante
 Mata la escolta, que dormida yace;
 Y, sin ser visto de la gente mora,
 En sus tiendas penetra sin demora.

Muertas las centinelas avanzadas
 A manos de Reinaldo y sus secuaces,
 Dispersas, destrozadas
 Se ven bien pronto las inmensas haces
 Que, tímidas, sin armas, y del sueño
 En brazos todavía,

Mal resisten á tanta bizarría.
 Por aumentar la confusion, ordena
 El paladin que, al dar el duro asalto,
 Su nombre cada cual lance á los vientos
 Al son de estrepitosos instrumentos.

Con su corcel de un salto
 Entra en la valla. Por do quier que huella,
 Tiendas y pabellones derribando,
 Infantes y jinetes atropella.

No se encuentra entre tantos un solo hombre
 Que no se cubra de pavor horrendo
 Por los aires oyendo

De Montalban y de Reinaldo el nombre.
 El de España en su fuga y el Numida
 Sus bagajes renuncian, pues no intentan
 Resistir á la cólera homicida
 De que ya hicieron prueba que lamentan.

Los hijos de Oliveros,
 Guidon, Alardo y los demas guerreros
 Imitan á Reinaldo. Ricardeto
 Va con su espada abriéndose camino.
 Aldeguer y Viviano de su lanza
 Hacen sentir á muchos la pujanza,
 É iguales pruebas de su audacia y arte
 Dan cuantos van siguiendo su estandarte.

Nuevo Aquiles, Reinaldo á inmediaciones
 De su palacio tiene congregados
 Setecientos valientes campeones,
 Que, nuevos Mirmidones,
 Al sol estan y al hielo acostumbrados.
 Cualquiera de ellos vale
 Por diez, y afirmar oso
 Que entre ellos hay quien en valor iguale
 A mas de un paladin noble y famoso.

Bien que hacienda y estados no posea
 Reinaldo, es tal el arte
 Que en reclutar este escuadron emplea,
 Con cuyas gentes cuanto tiene parte,

Que es raro que traicion á su estandarte
Ninguno de ellos haga,
Por mas segura ó mas cuantiosa paga.

El ínclito caudillo,
Que solo en graves casos esta gente
Saca de Montalban, el inminente
Peligro viendo que á su rey amaga,
A unos pocos dejando en su castillo,
Se lleva á los demas, que igual espanto
Causan del moro en las inmensas huestes
Al que á tímida oveja ó presta cabra
Infunde el lobo ó el leon hambriento
De Cinifo en las márgenes agrestes,
Ó en las verdes campiñas de Talento.

Cárlos, á quien Reinaldo dado habia
De su venida el oportuno aviso,
Tan feliz ocasion perder no quiso
De secundar su esfuerzo; y el instante
Escogiendo propicio, á la cabeza
Se pone de su intrépida nobleza,
Entre la cual figura
El sucesor del rico Monadante,
Eterno y fiel amante
De Flordelis, que en vano tantos dias
Corre en su busca por distintas vias.

Mucho de sus queridas se fiaban
Los guerreros de antaño,
Que por valles y montes las dejaban
Solas y en libertad, sin que esto en daño
Ni mengua redundase
De su belleza ó su virtud. Bien presto
Del conde Orlando el frenesi funesto
Narra á su amante Flordelis. Tan triste,
Tan fatal nueva á Brandimarte enojos
Inmensos da. Gran rato se resiste
A creerla, mas cede su ternura
Cuando oye á Flordelis, que le asegura
Haberlo visto con sus propios ojos.

Y que le dice donde
Vió, como, y cuando al conocido conde.

Cuéntale luego la estupenda historia
Del puente, y le describe el mausoleo
En el cual, de una virgen en memoria,
Cuelga un moro feroz tanto trofeo.
Nárrale como ha visto estremecida
A Orlando, en su insensato desvario,
Luchando audaz, precipitarse al rio
Con grave riesgo de perder la vida.

Brandimarte, que al conde estima cuanto
Se estima á un compañero, á un deudo, á un hijo,
Con desvelo prolijo
Partir resuelve en busca suya, y tanto
Hacer con arte médica ó encanto,
Que la razon perdida
Le torne á dar. Armado y á caballo,
Cual está, parte pues por encontrallo.

Hacia el lugar do al príncipe demente
Vió Flordelis, con esta su camino
De jornada en jornada lleva al puente,
Cuyo paso defiende el argelino.
Al rey un paje anuncia la llegada
De Brandimarte, mientras
Su caballo otro trae, otro su espada;
Y así dispuesto á combatir se encuentra,
Cuando en el puente el bravo jóven entra.

Con voz proporcionada á su coraje
El sarraceno á Mandricardo grita :
« Temerario mortal, que á este paraje
« Un engaño funesto precipita,
« Baja de tu corcel, y en holocausto
« Con tus armas deponlo en esta ermita :
« Esta accion será noble y meritoria.
« El resistir infausto;
« Pues con la vida perderás la gloria. »
Con el asta replica
A este altivo lenguaje Brandimarte ;

Al buen Batoldo con su espuela pica,
 Y con faburia parte,
 Que muestra bien que en ánimo y pujanza
 No cede á nadie el paso. Rodomonte,
 Enristrando su lanza,
 A toda brida por el puente avanza.
 Su corcel, avezado por el uso
 A correr por el puente
 Donde en grave conflicto á tantos puso,
 Hacia el guerrero va tranquilamente.
 De esta carrera insólita confuso
 Batoldo, en tanto, y tímido se siente;
 Tiembla el puente tambien, y alto, y sin verja
 En las ondas parece se sumerja.

De la guerra en el arte ambos maestros,
 Enarbolando sus enormes vigas,
 Se chocan con furor en las lorigas.
 Bien que fuertes y diestros,
 Al golpe los bridones se detienen,
 Y con sus armas vienen
 Confundidos á tierra. En su despecho,
 Los héroes con la espuela los aguijan;
 Mas del puente el recinto es tan estrecho,
 Que en falso el pié los dos corceles fijan;
 De suerte igual bajo el igual influjo,
 Al agua van caballos y jinetes,
 Con estrépito igual al que produjo
 Recibiendo en sus ondas Eridano
 Al inexperto jóven, cuya mano
 Los bridones del sol tan mal condujo.

Inmóviles los héroes en sus sillas,
 Al fondo van del rio,
 A ver si alguna ninfa
 Habita acaso su recinto frio.
 No siendo el primer salto, ni el segundo
 Que daba desde el puente,
 Donde hay poca agua, y donde está profundo
 Conoce el rey de Argel perfectamente.

Picando, pues, á su corcel valiente,
 Del rio el pecho y las espaldas saca,
 Y con ventaja á Brandimarte ataca.
 Con la corriente Brandimarte gira;
 Su corcel, en la arena
 Hundido, no sin pena
 Con vida del abismo se retira.

Vuélvese la onda á alzar, y hácia la parte
 Donde es mas honda la corriente, arroja,
 Debajo de Batoldo, á Brandimarte.

Medio muerta de angustia y de congoja
 La bella Flordelis, con voz doliente
 A Rodomonte grita desde el puente:
 « Por la beldad á quien veneras muerta,
 « De tan grave peligro
 « A un paladin tan inclito liberta,
 « ¡Oh Rodomonte! si jamas amaste,
 « Ten compasion de mí; mi afan no frustres:
 « Al que has vencido cautivar te baste,
 « Y á tu padron colgar sus bellas armas,
 « Mas que cuantas jamas colgaste, ilustres. »

Dice; y tan bien, que, magüer duro, en breve
 El rey á sus palabras se conmueve.
 De su espada y su almete
 Despoja á Brandimarte, y en seguida
 De nuevo en la onda túrgida se mete,
 De do, casi sin vida
 Sacándolo, se apresta á conducillo
 Con todos los demas á su castillo.

Bien que plañendo su fatal estrella,
 Mirándolo cautivo,
 Siente de verlo vivo.
 Grande consuelo la infeliz doncella,
 Que haber dado deplora
 Noticia de este puente á aquel que adora.
 De allí se aleja, pues, con el objeto
 De ir á buscar al paladin Reinaldo,
 Al salvaje Guidon, á Sansoneto

Ú otro secuaz del hijo de Pepino,
Que, si no mas valiente, mas dichoso,
En nueva lid derrote al argelino.

Un dia y otro en direcciones varias
Camina, sin hallar guerrero alguno
De quien muestre el semblante
La impavidez y fuerzas necesarias
Para romper los grillos de su amante.

A fuerza de buscar, uno al fin nota
Que de cipres con troncos recamada
Viste una rica y elegante cota.

Mas tarde ya diré quien era aqueste.
Volver agora hácia Paris pretendo,
A ver la ruina y el destrozo horrendo
Que hace Reinaldo en la enemiga hueste

Los que bajaron al Estigio lago,
Ó que huyendo evitaron este estrago
Contar Turpino quiso;
Mas, impedido por la noche oscura,
Su cómputo dejar le fué preciso.

Del primer sueño estaba
Entregado Agramante á la dulzura.
Un centinela llega, le despierta,
Y su ruina le anuncia como cierta,
Si su tienda á dejar no se apresura.
En torno mira el rey, y estupefacto
Ve de los suyos el tropel compacto,
Que, sus ropas dejando y sus escudos,
Huyendo van inermes y desnudos.
Confuso, inquieto, sin designio fijo,
Estaba el rey vistiendo su coraza,
Cuando, llegando Falsiron con su hijo
Grandonio, y con los otros de su raza,
Del estandarte de la media luna
El peligro le exponen, añadiendo
Que, si salvarse logran, estupendo
Favor será debido á la fortuna.

Así dice Marsilio, así Isolerto,

Sobrino y los demas. Viendo á Reinaldo
Que hácia aquel sitio impávido camina,
Cada cual verse muerto,
Ó verse prisionero se imagina.
Su opinion es que, en Arles ó en Narbona
Refugiándose, puede
Poner en salvo su real persona,
Y algunos dias resistir; en tanto
Que, con la escasa gente que al espanto
De esta triste jornada sobreviva,
Tomar pueda de nuevo la ofensiva.

Bien que afrentoso y duro,
No rechaza Agramante este partido.
Con práctico y fiel guia, y protegido
De larga noche por el manto oscuro,
Para Arles toma el rumbo mas seguro
Con solos veinte mil de sus secuaces,
Único resto de sus rotas haces.

Los que mató el de Amon, los que mataron
Sus setecientos jóvenes audaces,
Y los dos hijos del marques de Viena,
Los que en su fuga al Sena
Timidos se arrojaron,
Innumerables son, cual los capullos,
Que el sol de abril matiza,
De Flora y de Favonio á los arrullos.

Hay quien dice que á Mangis en gran parte
Se debió la victoria de aquel dia,
Pues, de la magia recurriendo al arte,
De la infernal estancia
Tanta gente sacó, tanto estandarte,
Que apenas en dos reinos cual la Francia
Fuera posible hallar tal abundancia.
Tambien dicen que de armas y clarines
Mezcló en los aires tan terribles sones
A la estruendosa voz de paladines
Y al alto relinchar de los bridones,
Que, de luengas regiones

Asordando los últimos confines,
En desórden, atónito y confuso,
En presta fuga al africano puso.

A su caro Roger, que enfermo yace,
Solicito el rey hace
Que en un corcel tranquilo y sosegado
Lo monten con dulzura y con cuidado.
Y, luego que en paraje mas seguro
Se ve, ponerlo ordena en una barca
Que hasta Arles lo transporte,
De cuya gran ciudad en la comarca
Piensa reunir su ejército y su corte.

Cien mil, ó pocos ménos,
Fueron, en mi opinion, los sarracenos
Que, de Carlos huyendo y de su gente,
Por montes y por valles aquel día
Corren, sin otra guia
Que su inmenso pavor. De ellos empero
El número mayor la vida pierde,
Y en rojo tiñe el suelo blanco ó verde.

En su apartada tienda
Descansa en este tiempo el Sericano.
Al despertar, la mortandad horrenda
Mira, y contento, ufano,
Al escuchar que al frente
Reinaldo va de la enemiga gente,
Lleno de gratitud, á Alá bendice,
Pues piadoso le otorga que realice
El anhelo que ha tiempo que le anima,
De hacerse dueño del corcel Bayardo,
A quien sin par en todo el orbe estima.

Ya creo haberos dicho en otra parte
Cuanto es fuerte su empeño
De ser de este corcel único dueño,
Hoy que es ya poseor de Durandarte.
Con mas de cien mil hombres, de su tierra
Viniendo á Francia armado,
Eterna y dura guerra

Al principe de Amon ha declarado.
Con este objeto un día
A la orilla del mar, donde debia
Esta batalla decidirse, vino.
Mas Mangis, viendo cuanto
De su primo Reinaldo el riesgo es grave,
Le induce por encanto
A entrar en una nave,
Y á su pesar por la alta mar lo guia.
Largo de referir fuera todo eso,
Baste saber que á miedo y cobardía
Atribuyó Gradaso este suceso.

Ufano pues, sabiendo que es Reinaldo
Quien causa este destrozo, su armadura
Viste; monta su alfana,
Y de la noche oscura
Buscándole en la sombra, cruda muerte,
De la gente francesa y africana
A cuantos halla, da con brazo fuerte.
Por hallar al de Amon corre, se afana,
Y, en alta voz llamándole, se acerca
Al sitio do de sangre musulmana
Es mas profunda la espantosa alberca.
Con su rival bizarro
Hállase, en fin, espada con espada,
Pues de la noche al estrellado carro
De ambos voló la lanza ya tronchada.

Cuando Gradaso al paladin gallardo
Reconoce, no tanto por su empresa,
Cuanto por su poder y por Bayardo,
Que en torno suyo de girar no cesa,
Que olvidó su promesa,
No viniendo al combate, le reprocha.
« Acaso, » añade, « acaso imaginaste
« Esconderte de modo
« Que por el orbe todo
« No te encontrara yo; mas te engañaste,
« Y engañaraste aun cuando en el averno

« O en las esferas de la luz te escondas ;
 « Que á través de los aires y las ondas
 « Sabrá encontrarte mi rencor eterno.
 « Si de lidiar conmigo
 « En tu alma sientes invencible miedo ;
 « Si, á expensas del honor, la vida quieres
 « Conservar, yo la vida te concedo.
 « Vive, mas vive á pié ; que digno no eres
 « De montar á Bayardo, pues olvidas
 « De un caballero audante los deberes. »
 Oyendo al Sericano
 Hablar así, Guidon y Sansoneto
 A su espada echan mano
 Por castigar tal falta de respeto.
 Mas Reinaldo les veda
 Que un paso den, diciendo : « ¿ Por ventura
 « Tan débil soy que solo yo no pueda
 « Responder á quien me habla sin mesura ? »
 Luego á Gradaso vuélvese, y : « Escucha,
 « Escúchame, » le dice ; « aquí dispuesto
 « Estoy á hacerte claro y manifiesto
 « Que á la orilla del mar fui á la lucha.
 « Que la verdad, así diciendo, digo,
 « Con la espada me obligo
 « A probarte, y que mientes
 « Diciendo que olvidé ni un solo instante
 « La obligacion de un caballero andante.
 « Antes de entrar en nueva lid, te ruego
 « Que las razones que te doy discutas,
 « A fin de que á citar no vuelvas luego
 « La infame accion que sin razon me imputas.
 « Solo despues y á pié, cual se convino,
 « En el primer combate, por Bayardo
 « Siempre contento de lidiar, te aguardo. »
 Cortes Gradaso y fino,
 Cual todo hombre magnánimo, se place
 En escuchar la explicacion sencilla
 Que, del rio acercándose á la orilla,

Y de su historia descorriendo el velo,
 El buen Reinaldo le hace
 Tomando por testigo al justo cielo.
 Llamando luego á Mangis, que este asunto
 Conoce bien, que diga
 Le ordena la verdad. Punto por punto
 Refiere entónces Mangis esta intriga.

« Cuanto te digo aquí, » Reinaldo añade,
 « Con la espada á probártelo me apresto ;
 « Y agora y siempre que lidiar te agrade
 « A darte gusto me hallarás dispuesto. »

En su designio el rey Gradaso fijo,
 De nuevo quiere comenzar la riña,
 Sin curarse si el hijo
 Del duque Amon verdad ó no le dijo.
 No ya de Barcelona la campiña
 Escogiendo por campo de batalla,
 Prometen encontrarse al sol siguiente
 Al borde de una fuente
 Que de aquel sitio no distante se halla.

Entre los dos, durante este combate,
 Puesto Bayardo, al Sericano debe
 Pertener como á Reinaldo mate.
 Gradaso por su parte,
 Si en esta lid vencido queda, ofrece
 Declarar que su espada Durandarte
 De Montalban al héroe pertenece.

Con grande asombro y con dolor mas grande.
 De su primo escuchando la locura,
 Supo Reinaldo el nombre y la aventura
 Del que en su mano hoy esta espada blande.

De empezar la contienda
 Aguardando el instante el rey Gradaso,
 Hácia su estancia el paso
 Dirige, bien que el héroe hácia su tienda
 Le convide á venir. Llegado el dia,
 Se arman los dos y tardo
 Ni uno ni otro se muestra

En venir á mostrarse en la palestra
Digno de Durandarte y de Bayardo.

De esta lid, que trabarse sin testigos
Debe, en paraje solo y apartado,
Recelan los amigos
De Reinaldo funesto resultado.
Sagaz es el rey moro y denodado,
Y en su mano robusta
Viendo esta espada, cada cual se asusta.

A nadie, empero, tanto
Como á Mangis afana
Este fatal temor. De buena gana,
Por impedir la lucha, á un nuevo encanto
Recurriera; mas teme que se agrave
La enemistad que el héroe le profesa
Desde que le hizo abandonar su empresa,
Iluso conduciéndolo á la nave.
En tanto que al temor y á la congoja
Todos se entregan, de la mancha grave
Hecha á su honor el héroe se sonroja.
Piensa que tiempo es ya de que la lave,
Para siempre imponiendo en este día
Silencio al de Poitiers y al de Altafoja.

Lleno pues de esperanza y de alegría,
Viene á la lid. Por el costado opuesto
Llegando el moro en esto,
Cual si nacidos de la misma raza
Fueran los dos, el uno al otro abraza
Con faz serena y cariñoso gesto.
Mas consignado en otro canto se halla
El principio y el fin de esta batalla.

CANTO XXXII.

Lamentaciones é inquietudes de Bradamante. — Llega á Montalban un caballero, y le da malas noticias de Roger. — Comparecen los tres reyes enviados de la reina de Irlanda. Entra Bradamante en el castillo de Tristan, y vence á los tres reyes. — Historia de Clodio. — La hija de Amon defiende la causa de su rival.

Hablar os ofreci (se me olvidaba)
De la terrible duda
Que, con violencia cruda,
Agudo diente emponzoñado clava
En el alma constante
De la bella y sensible Bradamante.
Cuando iba á hacerlo, á interrumpirme vino
El paladin Reinaldo,
A quien Guidon detuvo en su camino,
Por un asunto y otro entretenido,
El principal olvido.
A hablaros, pues, de Bradamante paso,
Dejando aquí á Reinaldo y á Cradaso.

Mas ántes permitid que un poco os hable
De Agramante, que, en Arles refugiado,
Junta la poca gente que ha logrado
Escapar á la espada inexorable
Del principe de Amon. A pocas millas
Del Africano mar y de Pirene,
Y situada del Ródano á orillas,
Arles, de todas las francesas villas
Es la que mas para este fin conviene.

Por toda Francia numerosa hueste
Reclutando Marsilio
De á caballo y á pié, manda que auxilio
Vaya á dar á Agramante, y que se apreste
A desplegar su lona
Cuanto bajel descansa en Barcelona.

Que es raro que traicion á su estandarte
Ninguno de ellos haga,
Por mas segura ó mas cuantiosa paga.

El ínclito caudillo,
Que solo en graves casos esta gente
Saca de Montalban, el inminente
Peligro viendo que á su rey amaga,
A unos pocos dejando en su castillo,
Se lleva á los demas, que igual espanto
Causan del moro en las inmensas huestes
Al que á tímida oveja ó presta cabra
Infunde el lobo ó el leon hambriento
De Cinifo en las márgenes agrestes,
Ó en las verdes campiñas de Talento.

Cárlos, á quien Reinaldo dado habia
De su venida el oportuno aviso,
Tan feliz ocasion perder no quiso
De secundar su esfuerzo; y el instante
Escogiendo propicio, á la cabeza
Se pone de su intrépida nobleza,
Entre la cual figura
El sucesor del rico Monadante,
Eterno y fiel amante
De Flordelis, que en vano tantos dias
Corre en su busca por distintas vias.

Mucho de sus queridas se fiaban
Los guerreros de antaño,
Que por valles y montes las dejaban
Solas y en libertad, sin que esto en daño
Ni mengua redundase
De su belleza ó su virtud. Bien presto
Del conde Orlando el frenesi funesto
Narra á su amante Flordelis. Tan triste,
Tan fatal nueva á Brandimarte enojos
Inmensos da. Gran rato se resiste
A creerla, mas cede su ternura
Cuando oye á Flordelis, que le asegura
Haberlo visto con sus propios ojos.

Y que le dice donde
Vió, como, y cuando al conocido conde.

Cuéntale luego la estupenda historia
Del puente, y le describe el mausoleo
En el cual, de una virgen en memoria,
Cuelga un moro feroz tanto trofeo.
Nárrale como ha visto estremecida
A Orlando, en su insensato desvario,
Luchando audaz, precipitarse al rio
Con grave riesgo de perder la vida.

Brandimarte, que al conde estima cuanto
Se estima á un compañero, á un deudo, á un hijo,
Con desvelo prolijo
Partir resuelve en busca suya, y tanto
Hacer con arte médica ó encanto,
Que la razon perdida
Le torne á dar. Armado y á caballo,
Cual está, parte pues por encontrallo.

Hacia el lugar do al príncipe demente
Vió Flordelis, con esta su camino
De jornada en jornada lleva al puente,
Cuyo paso defiende el argelino.
Al rey un paje anuncia la llegada
De Brandimarte, mientras
Su caballo otro trae, otro su espada;
Y así dispuesto á combatir se encuentra,
Cuando en el puente el bravo jóven entra.

Con voz proporcionada á su coraje
El sarraceno á Mandricardo grita:
« Temerario mortal, que á este paraje
« Un engaño funesto precipita,
« Baja de tu corcel, y en holocausto
« Con tus armas deponlo en esta ermita:
« Esta accion será noble y meritoria.
« El resistir infausto;
« Pues con la vida perderás la gloria.»
Con el asta replica
A este altivo lenguaje Brandimarte;

Al buen Batoldo con su espuela pica,
 Y con faburia parte,
 Que muestra bien que en ánimo y pujanza
 No cede á nadie el paso. Rodomonte,
 Enristrando su lanza,
 A toda brida por el puente avanza.
 Su corcel, avezado por el uso
 A correr por el puente
 Donde en grave conflicto á tantos puso,
 Hacia el guerrero va tranquilamente.
 De esta carrera insólita confuso
 Batoldo, en tanto, y tímido se siente;
 Tiembla el puente tambien, y alto, y sin verja
 En las ondas parece se sumerja.

De la guerra en el arte ambos maestros,
 Enarbolando sus enormes vigas,
 Se chocan con furor en las lorigas.
 Bien que fuertes y diestros,
 Al golpe los bridones se detienen,
 Y con sus armas vienen
 Confundidos á tierra. En su despecho,
 Los héroes con la espuela los aguijan;
 Mas del puente el recinto es tan estrecho,
 Que en falso el pié los dos corceles fijan;
 De suerte igual bajo el igual influjo,
 Al agua van caballos y jinetes,
 Con estrépito igual al que produjo
 Recibiendo en sus ondas Eridano
 Al inexperto jóven, cuya mano
 Los bridones del sol tan mal condujo.

Inmóviles los héroes en sus sillas,
 Al fondo van del rio,
 A ver si alguna ninfa
 Habita acaso su recinto frio.
 No siendo el primer salto, ni el segundo
 Que daba desde el puente,
 Donde hay poca agua, y donde está profundo
 Conoce el rey de Argel perfectamente.

Picando, pues, á su corcel valiente,
 Del rio el pecho y las espaldas saca,
 Y con ventaja á Brandimarte ataca.
 Con la corriente Brandimarte gira;
 Su corcel, en la arena
 Hundido, no sin pena
 Con vida del abismo se retira.

Vuélvese la onda á alzar, y hácia la parte
 Donde es mas honda la corriente, arroja,
 Debajo de Batoldo, á Brandimarte.

Medio muerta de angustia y de congoja
 La bella Flordelis, con voz doliente
 A Rodomonte grita desde el puente:
 « Por la beldad á quien veneras muerta,
 « De tan grave peligro
 « A un paladin tan inclito liberta,
 « ¡Oh Rodomonte! si jamas amaste,
 « Ten compasion de mí; mi afan no frustres:
 « Al que has vencido cautivar te baste,
 « Y á tu padron colgar sus bellas armas,
 « Mas que cuantas jamas colgaste, ilustres. »

Dice; y tan bien, que, magüer duro, en breve
 El rey á sus palabras se conmueve.
 De su espada y su almete
 Despoja á Brandimarte, y en seguida
 De nuevo en la onda túrgida se mete,
 De do, casi sin vida

Sacándolo, se apresta á conducillo
 Con todos los demas á su castillo.

Bien que plañendo su fatal estrella,
 Mirándolo cautivo,
 Siente de verlo vivo.
 Grande consuelo la infeliz doncella,
 Que haber dado deplora
 Noticia de este puente á aquel que adora.
 De allí se aleja, pues, con el objeto
 De ir á buscar al paladin Reinaldo,
 Al salvaje Guidon, á Sansoneto

Ú otro secuaz del hijo de Pepino,
Que, si no mas valiente, mas dichoso,
En nueva lid derrote al argelino.

Un dia y otro en direcciones varias
Camina, sin hallar guerrero alguno
De quien muestre el semblante
La impavidez y fuerzas necesarias
Para romper los grillos de su amante.

A fuerza de buscar, uno al fin nota
Que de cipres con troncos recamada
Viste una rica y elegante cota.

Mas tarde ya diré quien era aqueste.
Volver agora hácia Paris pretendo,
A ver la ruina y el destrozo horrendo
Que hace Reinaldo en la enemiga hueste

Los que bajaron al Estigio lago,
Ó que huyendo evitaron este estrago
Contar Turpino quiso;
Mas, impedido por la noche oscura,
Su cómputo dejar le fué preciso.

Del primer sueño estaba
Entregado Agramante á la dulzura.
Un centinela llega, le despierta,
Y su ruina le anuncia como cierta,
Si su tienda á dejar no se apresura.
En torno mira el rey, y estupefacto
Ve de los suyos el tropel compacto,
Que, sus ropas dejando y sus escudos,
Huyendo van inermes y desnudos.
Confuso, inquieto, sin designio fijo,
Estaba el rey vistiendo su coraza,
Cuando, llegando Falsiron con su hijo
Grandonio, y con los otros de su raza,
Del estandarte de la media luna
El peligro le exponen, añadiendo
Que, si salvarse logran, estupendo
Favor será debido á la fortuna.
Así dice Marsilio, así Isolerto,

Sobrino y los demas. Viendo á Reinaldo
Que hácia aquel sitio impávido camina,
Cada cual verse muerto,
Ó verse prisionero se imagina.
Su opinion es que, en Arles ó en Narbona
Refugiándose, puede
Poner en salvo su real persona,
Y algunos dias resistir; en tanto
Que, con la escasa gente que al espanto
De esta triste jornada sobreviva,
Tomar pueda de nuevo la ofensiva.

Bien que afrentoso y duro,
No rechaza Agramante este partido.
Con práctico y fiel guia, y protegido
De larga noche por el manto oscuro,
Para Arles toma el rumbo mas seguro
Con solos veinte mil de sus secuaces,
Único resto de sus rotas haces.

Los que mató el de Amon, los que mataron
Sus setecientos jóvenes audaces,
Y los dos hijos del marques de Viena,
Los que en su fuga al Sena
Timidos se arrojaron,
Innumerables son, cual los capullos,
Que el sol de abril matiza,
De Flora y de Favonio á los arrullos.

Hay quien dice que á Mangis en gran parte
Se debió la victoria de aquel dia,
Pues, de la magia recurriendo al arte,
De la infernal estancia
Tanta gente sacó, tanto estandarte,
Que apenas en dos reinos cual la Francia
Fuera posible hallar tal abundancia.
Tambien dicen que de armas y clarines
Mezcló en los aires tan terribles sones
A la estruendosa voz de paladines
Y al alto relinchar de los bridones,
Que, de luengas regiones

Asordando los últimos confines,
En desórden, atónito y confuso,
En presta fuga al africano puso.

A su caro Roger, que enfermo yace,
Solicito el rey hace
Que en un corcel tranquilo y sosegado
Lo monten con dulzura y con cuidado.
Y, luego que en paraje mas seguro
Se ve, ponerlo ordena en una barca
Que hasta Arles lo transporte,
De cuya gran ciudad en la comarca
Piensa reunir su ejército y su corte.

Cien mil, ó pocos ménos,
Fueron, en mi opinion, los sarracenos
Que, de Carlos huyendo y de su gente,
Por montes y por valles aquel día
Corren, sin otra guia
Que su inmenso pavor. De ellos empero
El número mayor la vida pierde,
Y en rojo tiñe el suelo blanco ó verde.

En su apartada tienda
Descansa en este tiempo el Sericano.
Al despertar, la mortandad horrenda
Mira, y contento, ufano,
Al escuchar que al frente
Reinaldo va de la enemiga gente,
Lleno de gratitud, á Alá bendice,
Pues piadoso le otorga que realice
El anhelo que ha tiempo que le anima,
De hacerse dueño del corcel Bayardo,
A quien sin par en todo el orbe estima.

Ya creo haberos dicho en otra parte
Cuanto es fuerte su empeño
De ser de este corcel único dueño,
Hoy que es ya poseor de Durandarte.
Con mas de cien mil hombres, de su tierra
Viniendo á Francia armado,
Eterna y dura guerra

Al principe de Amon ha declarado.
Con este objeto un día
A la orilla del mar, donde debia
Esta batalla decidirse, vino.
Mas Mangis, viendo cuanto
De su primo Reinaldo el riesgo es grave,
Le induce por encanto
A entrar en una nave,
Y á su pesar por la alta mar lo guia.
Largo de referir fuera todo eso,
Baste saber que á miedo y cobardía
Atribuyó Gradaso este suceso.

Ufano pues, sabiendo que es Reinaldo
Quien causa este destrozo, su armadura
Viste; monta su alfana,
Y de la noche oscura
Buscándole en la sombra, cruda muerte,
De la gente francesa y africana
A cuantos halla, da con brazo fuerte.
Por hallar al de Amon corre, se afana,
Y, en alta voz llamándole, se acerca
Al sitio do de sangre musulmana
Es mas profunda la espantosa alberca.
Con su rival bizarro
Hállase, en fin, espada con espada,
Pues de la noche al estrellado carro
De ambos voló la lanza ya tronchada.

Cuando Gradaso al paladin gallardo
Reconoce, no tanto por su empresa,
Cuanto por su poder y por Bayardo,
Que en torno suyo de girar no cesa,
Que olvidó su promesa,
No viniendo al combate, le reprocha.
« Acaso, » añade, « acaso imaginaste
« Esconderte de modo
« Que por el orbe todo
« No te encontrara yo; mas te engañaste,
« Y engañaraste aun cuando en el averno

« O en las esferas de la luz te escondas ;
 « Que á través de los aires y las ondas
 « Sabrá encontrarte mi rencor eterno.
 « Si de lidiar conmigo
 « En tu alma sientes invencible miedo ;
 « Si, á expensas del honor, la vida quieres
 « Conservar, yo la vida te concedo.
 « Vive, mas vive á pié ; que digno no eres
 « De montar á Bayardo, pues olvidas
 « De un caballero audante los deberes. »
 Oyendo al Sericano
 Hablar así, Guidon y Sansoneto
 A su espada echan mano
 Por castigar tal falta de respeto.
 Mas Reinaldo les veda
 Que un paso den, diciendo : « ¿ Por ventura
 « Tan débil soy que solo yo no pueda
 « Responder á quien me habla sin mesura ? »
 Luego á Gradaso vuélvese, y : « Escucha,
 « Escúchame, » le dice ; « aquí dispuesto
 « Estoy á hacerte claro y manifiesto
 « Que á la orilla del mar fui á la lucha.
 « Que la verdad, así diciendo, digo,
 « Con la espada me obligo
 « A probarte, y que mientes
 « Diciendo que olvidé ni un solo instante
 « La obligacion de un caballero andante.
 « Antes de entrar en nueva lid, te ruego
 « Que las razones que te doy discutas,
 « A fin de que á citar no vuelvas luego
 « La infame accion que sin razon me imputas.
 « Solo despues y á pié, cual se convino,
 « En el primer combate, por Bayardo
 « Siempre contento de lidiar, te aguardo. »
 Cortes Gradaso y fino,
 Cual todo hombre magnánimo, se place
 En escuchar la explicacion sencilla
 Que, del rio acercándose á la orilla,

Y de su historia descorriendo el velo,
 El buen Reinaldo le hace
 Tomando por testigo al justo cielo.
 Llamando luego á Mangis, que este asunto
 Conoce bien, que diga
 Le ordena la verdad. Punto por punto
 Refiere entónces Mangis esta intriga.

« Cuanto te digo aquí, » Reinaldo añade,
 « Con la espada á probártelo me apresto ;
 « Y agora y siempre que lidiar te agrade
 « A darte gusto me hallarás dispuesto. »

En su designio el rey Gradaso fijo,
 De nuevo quiere comenzar la riña,
 Sin curarse si el hijo
 Del duque Amon verdad ó no le dijo.
 No ya de Barcelona la campiña
 Escogiendo por campo de batalla,
 Prometen encontrarse al sol siguiente
 Al borde de una fuente
 Que de aquel sitio no distante se halla.

Entre los dos, durante este combate,
 Puesto Bayardo, al Sericano debe
 Pertener como á Reinaldo mate.
 Gradaso por su parte,
 Si en esta lid vencido queda, ofrece
 Declarar que su espada Durandarte
 De Montalban al héroe pertenece.

Con grande asombro y con dolor mas grande.
 De su primo escuchando la locura,
 Supo Reinaldo el nombre y la aventura
 Del que en su mano hoy esta espada blande.

De empezar la contienda
 Aguardando el instante el rey Gradaso,
 Hácia su estancia el paso
 Dirige, bien que el héroe hácia su tienda
 Le convide á venir. Llegado el dia,
 Se arman los dos y tardo
 Ni uno ni otro se muestra

En venir á mostrarse en la palestra
Digno de Durandarte y de Bayardo.

De esta lid, que trabarse sin testigos
Debe, en paraje solo y apartado,
Recelan los amigos
De Reinaldo funesto resultado.
Sagaz es el rey moro y denodado,
Y en su mano robusta
Viendo esta espada, cada cual se asusta.

A nadie, empero, tanto
Como á Mangis afana
Este fatal temor. De buena gana,
Por impedir la lucha, á un nuevo encanto
Recurriera; mas teme que se agrave
La enemistad que el héroe le profesa
Desde que le hizo abandonar su empresa,
Iluso conduciéndolo á la nave.
En tanto que al temor y á la congoja
Todos se entregan, de la mancha grave
Hecha á su honor el héroe se sonroja.
Piensa que tiempo es ya de que la lave,
Para siempre imponiendo en este día
Silencio al de Poitiers y al de Altafoja.

Lleno pues de esperanza y de alegría,
Viene á la lid. Por el costado opuesto
Llegando el moro en esto,
Cual si nacidos de la misma raza
Fueran los dos, el uno al otro abraza
Con faz serena y cariñoso gesto.
Mas consignado en otro canto se halla
El principio y el fin de esta batalla.

CANTO XXXII.

Lamentaciones é inquietudes de Bradamante. — Llega á Montalban un caballero, y le da malas noticias de Roger. — Comparecen los tres reyes enviados de la reina de Irlanda. Entra Bradamante en el castillo de Tristan, y vence á los tres reyes. — Historia de Clodio. — La hija de Amon defiende la causa de su rival.

Hablar os ofreci (se me olvidaba)
De la terrible duda
Que, con violencia cruda,
Agudo diente emponzoñado clava
En el alma constante
De la bella y sensible Bradamante.
Cuando iba á hacerlo, á interrumpirme vino
El paladin Reinaldo,
A quien Guidon detuvo en su camino,
Por un asunto y otro entretenido,
El principal olvido.
A hablaros, pues, de Bradamante paso,
Dejando aquí á Reinaldo y á Cradaso.

Mas ántes permitid que un poco os hable
De Agramante, que, en Arles refugiado,
Junta la poca gente que ha logrado
Escapar á la espada inexorable
Del principe de Amon. A pocas millas
Del Africano mar y de Pirene,
Y situada del Ródano á orillas,
Arles, de todas las francesas villas
Es la que mas para este fin conviene.

Por toda Francia numerosa hueste
Reclutando Marsilio
De á caballo y á pié, manda que auxilio
Vaya á dar á Agramante, y que se apreste
A desplegar su lona
Cuanto bajel descansa en Barcelona.